

principio de la unidad política, como los cristianos; condición inexcusable en su tiempo para fundar la unidad social cuando no existía la jurídica del Estado, y más entre los árabes, á quienes el sentido del derecho faltaba.

» Pero aún hay más: la división en sectas escindió á la misma raza conquistadora y destrozó al Islamismo, falto de un cuerpo y unidad religiosa, de una verdadera Iglesia que mantuviera la unidad de la fe, y hostil desde un principio á la Filosofía, que hubiera preparado la racional formación de una doctrina, en cuyo espíritu hubiera podido renacer el pueblo árabe, arrastrado de otra suerte por miserables cismas, hijos de calenturienta inspiración. Mas, como dejamos probado, ni aquello cabía dentro del dogma fundamental del Mahometismo, ni esto se compadecía con él, y menos con el carácter de la raza. Así es que, mientras de la disolución de la unidad europea en la Edad Media resultó nueva y más fecunda vida, anunciándose también más alta y superior unidad; á la disolución de la unidad árabe siguióse, donde más, la independencia y cierta prosperidad de las provincias, que reproducían al cabo la triste historia del despotismo; y en alguna parte, como en España, la degradación, y tras efimeros fulgores de cultura la muerte.»

Enlázase con esta consideración general de la cultura musulmana otra cuestión, si de menos trascendencia, de verdadera importancia histórica para conocer y apreciar rectamente los progresos cum-

plidos por los árabes en la formación de la Ciencia y el influjo que en los pueblos cristiano-europeos ejercieron. Abundante copia de datos aduce el autor para probar la extensión del saber que señaladamente en las ciencias naturales alcanzan así los árabes de Oriente como los de Occidente, y con justicia pondera el renacimiento intelectual que hasta en la Filosofía promueven y difunden por Europa al tiempo que la tradición clásica había casi enteramente desaparecido en los nuevos pueblos, cuya lenta formación preparaba la fusión de las razas greco-latinas y germánicas. Cuatro largos siglos de profundo oscurantismo que este período de gestación abraza, y en que sólo la Iglesia, ante cuya fe se rindieron algunas tribus de los bárbaros, y sometieron las restantes por la fuerza y el rigor de los que primero la abrazaron, hubiera podido cultivar la Ciencia y el Arte, y dispensar sus preciados dones á las sociedades que nacían de las ruinas del Imperio; cuatro largos siglos de tinieblas, repetimos, parecen perdidos en la obra de la civilización, y no faltan historiadores que como Draper, acusen por tan grave apariencia la inferioridad de la cristiandad. Pero sin absolver, ni excusar siquiera, la indiferencia y hasta aversión al saber que tan notoriamente revela la denominación teocrática, es lo cierto que la rica complexión de elementos y el predominio de la reflexión que caracteriza la cultura europea, exigían harto más tiempo para formarse y florecer que el que bastaba á la asimila-

ción del saber concentrado en Alejandría, y al vuelo fantástico de la inspiración árabe. Baste sólo con indicar las dos inmensas obras de la formación de las naciones y de la producción de las lenguas modernas que en aquellos siglos se preparan.

Si á todos los pueblos europeos alcanza esta postración intelectual, contra la que fueron impotentes los esfuerzos de Carlo Magno y Alfredo, y si la Iglesia en todas partes más se mostró celosa en arraigar su poder, allegar riquezas y aumentar sus privilegios, que en educar y ennoblecer las almas, cuya sumisión á las imposiciones dogmáticas está siempre en razón directa del fanatismo é inversa de la cultura, justo es notar que en España, tanto por la elevación que las letras clásicas alcanzaron bajo la dominación romana, como por la favorable condición para la ciencia y la virtud en que el alejamiento del poder con el imperio del arrianismo colocó al clero católico, se mantuvo una cierta tradición literaria y científica, con que no sólo florecieron ilustres individualidades, mas continuaron viviendo escuelas, donde se profesaban las enseñanzas de San Isidoro. Y á la par que prestaba España maestros á Francia é Italia, como Teodulfo, Cláudio y Galindo, venían extranjeros á instruirse en las disciplinas liberales. En Ausona (Vich), y no en Córdoba, como afirma Draper, siguiendo la opinión más extendida que autorizada, fué donde Gerberto (Silvestre II) hizo sus estudios bajo la dirección del obispo Hatto.

Ínfimo era con todo el saber del clero, y ruda la vida de la sociedad cristiana, en comparación á la esplendente cultura de los árabes. Ellos comentan á Plinio y Dioscórides, á Euclides y Apolonio Pergeo, á Hipócrates y Galeno, á Ptolomeo y Aristóteles; ellos poseen bibliotecas, observatorios y colegios que no pueden recordarse sin asombro; ellos inventan el Álgebra y la Química; ellos acogen las más ilustres academias hebráicas; ellos fomentan y enriquecen la industria con importantísimos descubrimientos; ellos elevan las artes, y en la Arquitectura sobre todo crean un género, y prestan al Occidente la ojiva; ellos en la literatura, si no alcanzan el drama ni la epopeya, inundan de leyendas y concepciones fantásticas y poéticas pasiones el espíritu, trasmitiéndolas con el simbolismo oriental y exuberantes formas á la todavía tosca imaginación de los pueblos cristianos, y ellos, en fin, al declinar de su rápida grandeza, legan á la reflexión del génio europeo la más alta concepción filosófica de la Edad Media, el averroísmo. Si no podemos con tales glorias enorgullecernos, porque no fueron obra del espíritu nacional, tocando sólo á las condiciones del suelo la parte que la Naturaleza pone en las creaciones de la Historia, es lo cierto que no sólo sirvió España de asiento á aquella preciada cultura, ni la España cristiana fué mero cauce para llevarla al continente europeo; mas supo utilizarla fecundando sus propios campos, preservando con generosa tolerancia aquellos veneros que las ruinas

del imperio musulmán habrían cegado. Draper desconoce ó nos niega de intento esta justa gloria. ¿Cómo si no pasar en silencio el ilustre reinado de Alfonso X?... Verdad que hasta entonces el oscuro fanatismo de la clerecía había rechazado la influencia árabe; pero asegurada la obra de la reconquista, á la par que se extendían los centros de población libre, con que formaban las ciudades los senos de la vida moderna, los príncipes castellanos y aragoneses difundían la instrucción creando escuelas públicas que colmaban de honores y privilegios. Baste citar algunos hechos del Rey Sabio para penetrarse del amplio y levantado espíritu con que aspiraba á fundir las civilizaciones arábiga y cristiana: recogió en Toledo las academias hebráicas que en el siglo X se habían instalado en Córdoba; apenas contaba un año de reinado cuando se publicaron las tablas astronómicas, y fundó al siguiente en Sevilla los *Estudios et Escuelas generales de latín et árabe*, dando en las unas las enseñanzas del *Trivium* y el *Quadrivium*, y de filosofía y árabe en las otras, y colmándolas por igual de privilegios y distinciones con que fomentaba el comercio intelectual entre mudéjares y cristianos.

Desdichadamente la delantera que llevaba España en los últimos tiempos de la Edad Media trocóse luego en inferioridad notoria, cuando el triste privilegio de fundar la orden consagrada á la impía obra de la Inquisición comenzó á dar sus naturales y justos resultados. España fué, como Perilo, la

primera víctima de la horrible invención que ofreciera á la tiranía religiosa; con la cual no tardó en identificarse, apenas realizada la unidad monárquica, la tiranía política, inaugurando así los Reyes con razón llamados Católicos un régimen que alcanzó su encarnación perfecta en aquel príncipe, que los partidarios de la monarquía teocrática apellidan el *Devoto* y el *Prudente*, pero á quien por siempre la Historia reconocerá con el nombre de *Demonium meridianum*, que le dieron las gentes que contra su inmenso poder y más poderosa perfidia supieron salvar la libertad de la conciencia. Y como aquí, donde las glorias nacionales se ligaban á una secular lucha religiosa en que la idea de la patria se había identificado con la Iglesia católica, parecía la victoria milagro de la fe, creyóse que la ventura, y aun la existencia de la nación, dependían de su unidad religiosa; y príncipe y clero y pueblo trabajaron á una para consolidar su absoluto imperio en el interior, y aun para defenderlo é imponerlo en el exterior, haciéndose España el campeón obligado del catolicismo en el mundo, y trayendo á la Edad Moderna el ideal perseguido en la Media. Así, contra el movimiento libertador y progresivo de la Reforma que á la par amenazaba al Pontificado y al Imperio, creamos la milicia espiritual del jesuitismo, y armamos formidables ejércitos que, insensatos, creíamos invencibles, desconociendo la incontrastable virtud de las nuevas ideas. Desde entonces en la patria de los dominicos

y los jesuitas se hizo imposible la libertad de la conciencia. No necesitamos recordar la triste suerte que desde aquella hora funesta viene corriendo España; basta reparar la situación presente en que todavía el fanatismo nos desangra, y en que tras larga serie de revoluciones, si se han dejado sentir venganzas y persecuciones contra la Iglesia, apenas si hemos podido lograr tímidas y como vergonzantes declaraciones de libertad religiosa. Con esta causa eficiente de la decadencia y aun degradación de España en los tiempos modernos se anuda la distracción del génio y de la actividad nacional en empresas de engrandecimiento exterior y de conquistas; con que mientras los demás pueblos europeos convertían mediante el renacimiento clásico-naturalista y la Reforma á propia libre reflexión su espíritu, y se despertaban á la observación diligente y profunda de la Naturaleza, elaborando un más alto y científico concepto de la Realidad y de la Vida, nosotros quedábamos adheridos y como petrificados en las viejas imposiciones dogmáticas, prestando á lo sumo esfuerzos materiales á empresas como las de Colón y Magallanes, que respondían al curso de las nuevas ideas. De aquí, nuestra esterilidad en la Ciencia y nuestro atraso en la industria á que tanto contribuyó la expulsión de judíos y moriscos; de aquí la falta de intimidad religiosa que degradó la conciencia de nuestro pueblo; de aquí, la presunción é impotente soberbia que tan duramente expiamos. Dígase cuanto quiera en

contrario, es lo cierto que sólo, y como inspiración de pasadas grandezas, contamos eminentes creaciones de fantasía, un exuberante desarrollo literario con que más se idealiza la Edad Media, y como que se cierra y estrecha el espíritu en el molde católico, que se emancipa y eleva según la exigencia de los nuevos tiempos. Voces aisladas á lo sumo, sin enlace ni consecuencia directa en el proceso de la Edad Moderna, son las que ofrece España en la esfera de la Ciencia, y aun éstas con el sentido y el carácter peculiar á los siglos medios. Vives, Foxo Morcillo y Gómez Pereira se distinguen sobre todos; mas el primero, con ser tan vasto y profundo su saber, con sentir la necesidad de renovar la Ciencia, y con haberse formado en medio de Europa, no lleva su sentido más allá de un concierto, que no siquiera sincretismo, entre las doctrinas de Platón y Aristóteles y las de los Santos Padres; ensaya el segundo una combinación ingeniosa y hasta profunda del idealismo platónico y la inducción aristotélica; y el tercero, aunque extremos de orgullo nacional lo estimen como precursor de Descartes, no pasa, aun prescindiendo de lo absurdo de ciertas teorías, de enunciar en fórmula silogística un razonamiento análogo, como ya lo había expuesto San Agustín, al que constituye el principio del método cartesiano; mas sin el carácter de criterio de indagación, ni la intención sistemática que determinan precisamente su valor científico. Haciendo punto en estas consideraciones que, si

insuficientes para dilucidar el tema de la representación de España en la Edad Moderna, exceden ya de los justos límites que la índole y fin de este trabajo imponen, concretamos nuestro pensamiento afirmando: que ni en la Filosofía, ni en las Ciencias naturales, ni en la Industria, cuyos maravillosos progresos, en oposición al ideal católico y á las imposiciones dogmáticas, caracterizan los tiempos modernos, ha contribuído con obras originales y fecundas nuestro géneo nacional por la comprensión en que lo ha retenido el absolutismo teocrático.

Por lo mismo que deploramos sus funestos efectos, que hasta han llegado á escindir nuestra nacionalidad, la más trabajosamente formada en la Tierra, acogemos con júbilo y bendecimos todo esfuerzo consagrado á redimir la Conciencia de las imposiciones dogmáticas. Pueden hoy los hombres de ciencia olvidarse en otras partes, con la secular posesión de la libertad del pensamiento, del dispensador de tan preciado beneficio; pero es imposible que los desheredados olviden su desgracia. Por esto, sin duda, apenas si se detiene Draper á consignar el progreso cumplido en la Reforma, y aun estima su trascendencia y carácter con incierto criterio, incurriendo en contradicciones que no hemos de pasar en silencio. Preocupado sólo de enumerar los adelantos concretos de la observación, afirma que «nada debe la Ciencia á la Reforma»; y casi á renglón seguido tiene que consignar que merced á ella

«no hubo ya autoridad que pudiese condenar las obras de Newton». Confundiendo en un mismo anatema la excepción con la regla, llega por la muerte de Servet á equiparar el protestantismo con el catolicismo; y al fin, viniendo á mejor acuerdo, reconoce que si llegó Calvino á tan bárbaro exceso de fanatismo «no fué por los principios de la Reforma, sino por los del catolicismo, de los que no había podido emanciparse completamente». Mas sobreponiéndose á tales indecisiones, y rectificando sus contradicciones, en definitiva sustenta que «mientras el Cristianismo católico y la Ciencia son absolutamente incompatibles, no sólo es posible una reconciliación entre la Ciencia y la Reforma, sino que se verificaría fácilmente si las Iglesias protestantes quisieran observar la máxima de Lutero, establecida en tantos años de guerra, de que todos tienen el derecho de interpretar privadamente las Escrituras; fué el fundamento de la libertad individual.»

Así lo viene confirmando el gradual proceso del protestantismo cuando llega á destruir toda imposición dogmática y á reconocer todo elemento sobrenatural, como extraño á la esencia de la Religión misma, que sólo en la pureza é integridad de la Conciencia debe fundarse y producirse en la piadosa racional unión del Hombre con todos los seres en el Mundo, bajo el absoluto Principio de la Realidad y de la Vida, en cuya intimidad se halla la fuente eterna del absoluto y universal amor, que

en determinados límites y con relativa bondad vienen realizando las comuniones positivas. Aunque más atentos á purificar y elevar el sentimiento religioso que á formar el conocimiento de Dios, y aun cayendo algunos en el falso prejuicio de relegar la relación religiosa de la Ciencia, dividiendo de esta suerte la indivisa Conciencia racional del hombre, todos los órganos del protestantismo liberal aspiran á consagrar el progreso que dentro del espíritu cristiano pueden obtener las almas, rompiendo los estrechos y caducos moldes de la ortodoxia. Lejos de pugnar con la sociedad civil y rechazar sus adelantos, se identifica más con ella cada día; y acogiendo sin temor ni aversión los descubrimientos de la Ciencia, pretende sólo mantener viva la piedad en el corazón y salvar la fe en la voz de Dios, que eternamente habla en el Espíritu, de la inevitable é inminente ruina de los ídolos en que la han encarnado históricamente las supuestas revelaciones sobrenaturales, bajo la ley de referir á un origen exterior sensible la luz que trasciende de la Conciencia, mientras el hombre no llega por la Razón á saber que en ella inside y que por todo el divino organismo de la Realidad penetra. En cambio, por una singular contradicción á toda imposición dogmática inherente, al dividirse el Cristianismo se denominó católico el ideal cristiano que más se estrechó y gentilizó hasta caer en la negación de la Conciencia como fuente de la vida religiosa, y reducir á la antropatría del Pontífice el

principio del Mediador divino. De tal suerte, concluye el límite de las religiones positivas por sobreponerse á la esencia misma que informa, precipitando su muerte esta concentración de la vitalidad orgánica que las hace incomunicables con el espíritu y movimiento general del mundo. Con una lógica que en verdad causa maravilla, ha venido la Iglesia católica á erigir en dogma la incompatibilidad de que habla Draper. Ante las declaraciones y anatemas del *Syllabus* y del concilio Vaticano, ¿quién puede sostener la conciliación del catolicismo y la Ciencia? Imposible es ciertamente esperarla, como aquél no reniegue de su fe ó ésta de la Verdad; y aun así no habría conciliación, sino imperio de un lado, sumisión de otro, y negación de sí propios en ambos.

Mas como la contradicción y la lucha ha de tener su solución histórica, ¿que prevalecerá? Las enseñanzas siempre contestes de la Historia permiten inducir que prevalecerá la Ciencia. La Razón afirma que las manifestaciones positivas de la fe son transitorias y eterna la Verdad; pero sabe también que cada estado de la Conciencia humana lleva aneja la fe, como relación del límite siempre móvil del conocimiento al Todo de la Verdad que, si en principio concebimos, sólo en parte de su contenido y gradualmente penetramos. De aquí, la subordinación legítima de la fe, que consiste en un estado subjetivo, á la Ciencia, cuya relación es siempre real, objetiva; de aquí, el ab-

surdo de erigir á aquélla en criterio de la Verdad.

Consagra Draper un capítulo de su libro á esta capitalísima cuestión; mas pone casi exclusivo empeño en probar con hechos las supercherías y violencias con que la fe se ha impuesto y la estrechez creciente del principio de autoridad; y llevado del sentido *positivista* que profesa, á la par que mutila la Ciencia, fijando como único criterio la observación de la Naturaleza, relega en absoluto la fe como si no tuviera lugar en el espíritu del hombre, y no fuera hasta necesaria para prestar animación en la vida. Con esta limitación se une el desconocimiento y aun el menosprecio injustificado de la Filosofía, que las insanas exageraciones y soberbia presunción de algunos doctores del *Positivismo* reinante llevan á condenar como vana y estéril especulación. Volviendo por los legítimos fueros de la investigación racional y metafísica, no hemos de caer ciertamente en el extremo opuesto de censurar ni combatir como enemigo el movimiento científico novísimo; el cual sobre poner saludable correctivo al idealismo, afirmando el valor objetivo del conocimiento, aunque limitado á la concreción de la realidad en los hechos, cultiva con tal penetración y delicadeza la observación natural, y construye sus datos con tal exigencia sistemática, y aplica la inducción con tal universalidad y trascendencia, y con tal fecundidad—sino con discreta circunspección siempre—emplea la hipótesis, que ha sorprendido las más íntimas creaciones de la Natura-

leza, descubrió sus más elementales procesos, investigado las formas de su actividad, y elevándose al reconocimiento de las leyes que rigen la determinación de los fenómenos y explican el mecanismo causal que produce el movimiento universal de la Vida. Injusto y vano sería desconocer que ha ensanchado inmensamente el campo de la Ciencia y planteado problemas ignorados de la antigua Metafísica esta nueva dirección del pensamiento, desplegando tan prodigiosa actividad que renueva todas las esferas del saber y prepara, sin duda, una superior concepción del Mundo como organismo de la Realidad. Mas fuera igualmente injusto y vana presunción negar los precedentes del actual renacimiento naturalista en la Filosofía, como estimar definitivas sus soluciones que tal manquedad y aun torcimiento acusan en la Lógica y en la Ontología. Limitar á lo fenomenal la esfera de lo inteligible y considerar el conocimiento como meramente relativo, es mutilar el problema del Conocer y decapitar el Principio de la Verdad; reducir la Realidad al mundo de la Naturaleza; y pretender explicar el mundo de la Conciencia como una transformación de la sensación; y suplantiar la libertad moral por inconsciente y mecánico determinismo; y afirmar el organismo del Universo como una mera totalidad que en variedad serial evolutiva se diferencia, es mutilar también la Realidad; confundir la solidaria concreción de las determinaciones corpóreas con la sustantiva discreción del Espíritu;

identificar la condicionalidad con la causa; y desconocer juntamente la contrariedad que el organismo implica y la unidad que como fundamento absoluto exige. Mérito real, incuestionable de esta doctrina es haber rectificado el dualismo de la antigua Ontología, acabando científicamente con el *caput mortum* de la materia y elevando la concepción de la Naturaleza á un Todo de sér y vida corpórea; con que prepara el concepto racional del Universo, como una infinita complexión en la cual se compenetran gradualmente la Naturaleza y el Espíritu, formando órdenes y esferas de seres siempre compuestos como el Mundo bajo el Principio absoluto de sér y realidad: Principio, que no en mera trascendencia extra-mundana, sino en inmanencia esencial inside en cuanto existe, según el límite y grado de su peculiar composición, y á la par trasciende sobre lo finito que orgánicamente se determina y desenvuelve en el Todo. Basta enunciar el problema que tan eficazmente ha contribuido á plantear el Naturalismo contemporáneo para comprender su índole metafísica. Por esta necesidad racional, llevados sin duda sus más preclaros maestros, aspiran hoy á fundar con el nombre de *Monismo* una Metafísica positiva. Así se prepara el supremo concierto de la observación y la especulación que, no en componendas de sincretismo artificial, más en composición racional bajo Principio, habrá de transformar la Ciencia. Este sentido, aunque tocado de cierto particula-

rismo empírico, late en la obra de Draper, quien, aun desconociendo el valor de la reflexión de Conciencia al afirmar que el problema del alma humana no puede resolverse sino por la Psicología comparada—cuya trascendencia, si somos de los primeros en confesar, no extremamos al punto de derivar exclusivamente de ella el conocimiento de nosotros mismos—y explicando, ó mejor pretendiendo explicar las facultades intelectuales, por la conservación de las impresiones en los ganglios nerviosos, acepta, como la hipótesis más compatible con la verdad científica, la existencia de «una vasta realidad espiritual, que se compone con la vasta realidad material en el Universo».

Inseparables como son el problema lógico y el ontológico, pues que la Verdad es una relación interior de la Realidad, y tocando sólo en parte á las llamadas ciencias positivas, según el particular objeto á que atienden y el límite en que la observación y sus procedimientos auxiliares se aplican; mas no estudiándose en ellas propiamente el problema del Conocer, ni el del Sér en su unidad é integridad, es injustificado, y en rigor imposible, investigar el criterio de la Verdad fuera de la Filosofía. Y en el hecho es todavía más injustificable prescindir de la obra de los filósofos. ¿Cómo al tratar esta cuestión puede Draper olvidarse de Bacon y Descartes? Y dado su sentido, ¿cómo, sobre todo, prescindir del primero? Trate en buen hora con toda la severidad, y hasta dureza, que el ínfimo carácter moral